

Islamabad, 31 de Octubre de 2001

## **POR TIERRAS DONDE LA ARRUGA TODAVÍA NO ES BELLA**

La lavandería o casa del *dhobi* ocupa una gran extensión: A la entrada están las viviendas con lebrillos de legumbres puestas a remojo donde da el sol, también están ahí los niños, algunos despiojándose entre sí, otros estudiando, y la mayoría jugando como todos los niños del mundo. Detrás de la cortina de tela están las mujeres, que son las que planchan, sin dejarse ver, y en el gran patio interior están los hombres de la familia, dentro del agua, relucientes de agua y sudor, musculosos por el duro trabajo de golpear y escurrir pesadas piezas de tela empapada. Advertencia: jamás encargar al *dhobi* que gestione ropa delicada o valiosa.

La ordenación del espacio en este patio y sus enormes pilas escalonadas es una arquitectura heredada desde hace miles de años en el subcontinente, donde este patrón se repite en las más antiguas ruinas excavadas. Filas y filas de ropa tendida o extendida sobre la hierba aíslan los dominios del *dhobi* del resto de la ciudad.

Los paquistaníes afirman no tener nada que ver con la India, de la que se separaron en 1947, para escapar al cruel sistema de las castas hindúes... En cierto modo es verdad, en tiempos del imperio británico, la mayor parte de lo que es hoy Paquistán figuraba en los mapas con el nombre de Afganistán. El Paquistán moderno reúne parte del antiguo Afganistán al Norte, y parte de la India clásica al sur. No obstante, la influencia de Asia Central es preponderante. Un patán jamás llevará su ropa al *dhobi*.

Los *dhobi* constituyen una de las tradiciones indias más enraizadas en la mitad sur del país. Los *dhobi* pertenecían a una de las castas intocables, porque su función era lavar la ropa y por lo tanto estaban en contacto con las excreciones y suciedad del cuerpo humano, lo que les hacía particularmente impuros, aunque no tanto como los curtidores que osan manipular la piel de "la madre" muerta o, dicho de otro modo, viven de la muerte de la vaca sagrada.

En Paquistán no hay castas, todos los hombres son iguales, dicen el Corán y la constitución del país. Sin embargo sobrevive un "sistema de castas en la sombra" palpable en todos los aspectos de la vida diaria, exceptuados los patanes.

Entre el patio de pilas y el gineceo, siempre campea un puchero lleno de viscoso y translucido almidón que elaboran los *dhobi* con arroz. El almidón es también instrumento de estratificación social, todo el que puede permitírselo viste ropa almidonada. Todo el mundo, cualquiera que sea su extracción social lleva ropa cuidadosamente planchada y sabe moverse de manera que el *shalwar kamiz* no se arrugue. Los extranjeros, por muy disfrazados que vayan de nativos, se distinguen a la legua. Moverse al amor de la caída de la tela es signo de buena crianza, pero se mama,

en esta tierra de ropajes generosos y larga tradición textil. Los que en occidente acostumbran a vestir "como niños" -dicen aquí-, nunca aprenderán este arte.

Los *dhobis* marcan con tinta indeleble la ropa de las familias clientes para distinguir las entregas. Estas marcas se van complicando con el paso del tiempo debido a la diversificación de la clientela. Mientras más simple sea la marca, más antiguo y digno será el cliente. Aquí, es signo de alcurnia ostentar una marca primitiva.

Los recursos del sistema de castas son inagotables y sutilísimos, pero no pueden despojar a las mujeres intocables, con su fardo sobre la cabeza enduppatada, de un porte, de una elegancia en el andar y de una clase, que para sí quisieran las pasarelas occidentales.

Los reporteros que se cubrieron con la enormidad de tela de una *burka*, para "pasar desapercibidos" entre las mujeres afganas, más expertas aún en la ciencia de hacer hablar a las telas ya que no pueden expresar con la cara, se buscaron la perdición. Tanta tela, mal habitada, tenía que traicionarles.